

LA PRIMERA EDAD

SUMARIO.

Las obras de misericordia. III. Dar de beber al sediento.—El Ciego.—Cómo se coge la pluma.—El vapor y el telégrafo, fábula.—Modas.—La Zorra y el Gallo.—El niño burlo.—El niño que respeta á los ancianos.—El niño valiente.—El niño camorrista.—El niño agradecido.—El niño gloton.—Un niño presumido.—El niño discreto.—El niño ladrón.—El niño honrado.—El buen hermano.—El niño que tiene buen corazón.—El niño que tiene mal corazón.—El perdón de las injurias.—Explicación del figurín iluminado.—Oración de los niños á San Antonio.—El abuelito.—Advertencia.—Acompaña á este número un figurín.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

III.

DAR DE BEBER AL SEDIENTO.

Hace algunos años tenía yo, niños queridos, un pequeño amigo, llamado Carlos. De nueve años de edad, era muy aficionado á los paseos campestres, y más de una vez habia conseguido de su buen padre le acompañara á las cacerías frecuentes con que éste solia entretener sus ocios.

Carlos era entusiasta por la caza, y aunque tan niño, gozaba intensamente si veia á una liebre perseguida por los perros, eludir la persecución, dejando burladas las ágiles piernas de los galgos.

Y era Carlitos un singular cazador, preferia siempre que la liebre se escapara; así, decia, libraba su vida la pobrecilla.

Amigo del niño y de su buen padre, solia yo visitarles con frecuencia, y hé aquí por qué puedo

deciros lo que un dia en su casa presencié.

Habia llegado un mendigo á su puerta; tenía, sin duda, hambre y sed, y un pedazo de pan, un poco de agua eran los dones que pedia.

Carlitos estaba al lado de su buena madre, y ésta suplicó á su hijo diese al infeliz mendigo lo que demandaba.

—Vé y da al pobre, dijo la mamá de mi amigo, un vaso de agua y un pan.

El niño, siempre obediente, cumplió propicio las órdenes maternas; y al dar al desgraciado la humilde limosna, oyó de sus labios estas palabras:

—Dios te pague, hijo mio, este agua que me das, Dios te dé por ella tanto bien cuanta es la necesidad que de beberla siento.

Estas palabras, tan naturales, llamaron, sin embargo, la atención de Luis.

—¿Será posible, dijo el niño, que un poco de agua pueda hacer tanto bien?

—Sí, hijo mio, le respondió su

madre, dar de beber al sediento es una de las obras de misericordia.

Luis no era, sin duda, de la opinion de su madre; parecíale que era hacer muy poca cosa dar lo que tan poco valor en sí tenía; y aunque á su buena mamá nada dijo sobre esto, yo sé que así pensaba el niño Cárlos, mi amiguito.

Habia de llegar para éste el momento en que pudiera comprender cuán errado era su pensamiento, cuánta caridad podía ejercerse dando de beber al que tiene sed.

Cárlos no habia jamas sentido la privacion del agua; no sabía lo que era estar sediento y no tener qué beber.

Y por esto debió llegar el momento en que la sed le abrasase, en que pudiera comprender el valor inmenso del agua para el que padece sed.

Y llegó, queridos lectorcitos, ese momento, y fué como voy á contaros.

El padre de Cárlos habia proyectado una partida de caza; varios amigos estaban invitados, y entre ellos el que escribe estas líneas para vosotros. Si os dijera que Cárlos iba á acompañarnos, no haria nada más que comunicaros lo que ya habréis adivinado. Verificóse la expedicion, y el punto designado era por demas escabroso y poco habitado; no era fácil en él encontrar tal vez ni un solo pastor con su ganado.

Cárlos, poco acostumbrado á expediciones semejan-tes y ménos

fuerte que los demas, hubo de sentir más pronto la fatiga. Así es que apenas habiamos andado una legua, cuando el buen niño exclamó:

— Estoy cansado, tengo sed.

Oyóle su buen padre, y animándole, hubo de aconsejarle continuarse otro rato, pues pronto habian de hacer una parada; en ella podria el niño satisfacer su necesidad de beber.

Continuó, pues, caminando; pero bien pronto tuvo necesidad de pedir de nuevo agua; no podia resistir la sed.

Todos suspendimos la marcha y se hizo alto para descansar y beber.

Beber digo..... ¡Ah! nadie podia suponer que no habia agua.

¿Cómo era esto?

Muy fácilmente; se habia olvidado de poner entre las provisiones el precioso líquido que tanto ansiaba mi amiguito Cárlos.

Ya podeis suponer la situacion en que éste se encontraba. Sus compañeros de viaje podian soportar la sed; pero él, pobre niño, sufría mucho, y no podia por mucho tiempo sufrir la privacion que ya empezaba á martirizarle.

¿Qué hacer?

La cuestion no parecia de fácil resolucion; ó volver al pueblo ó buscar algun pastor ó campesino que pudiese proporcionar á todos, pero principalmente al niño, un poco de agua; no podia hacerse otra cosa.

Esto último se hizo, y todos los cazadores nos separamos, con objeto de buscar en distintas direc-

ciones lo que tanta falta hacia. Carlos me acompañó; parecia que un secreto presentimiento le decia que habia así de apagar más pronto su sed.

Y lo consiguió, no le engañó en aquel trance su corazon.

Os contaré, niños queridos, cómo conseguimos apagar la sed que ya nos molestaba á todos.

Caminábamos á la ventura cuando creimos ver á lo lejos un rebaño, si así podíamos llamar desde luego á una multitud de carneros que veíamos en las faldas de una colina. Desde el momento que lo divisamos dirigimos hacia aquel lugar nuestros pasos, y bien pronto pudimos distinguir al pastorcillo que de tales carneros cuidaba.

Pastorcillo he dicho; sí, era un niño, que tendido se encontraba á la sombra de un peñasco.

Carlos voló hacia el sitio donde se hallaba; su sed le daba alas.

En cuanto estuvo ante el pastor le dirigió la palabra.

—Estoy sediento, le dijo, si tienes agua y quieres dárme la, te daré por ella cuanto quieras.

—Tengo agua, dijo el pequeño guardian de aquel rebaño, tengo agua, pero no la vendo.

—¿Que no la vendes?

—No, mi madre me dijo hace tres dias, cuando por primera vez salí á guardar estas ovejas, las palabras que vais á oír:

«Hijo mio, si algun dia, cuando en medio de los campos te encontrases, llegáre á tí algun viajero sediento, cansado ó falto de

alimento, dale á beber el agua de tu cántara, dale á comer el pan de tus alforjas.»

Esto me dijo mi madre hace tres dias, añadió el pastorcillo, y yo no lo he olvidado; aquí teneis el agua que pedis; podeis beber.

Estas palabras de aquel pobre niño me llenaron de admiracion; Carlos no tuvo tiempo para comprenderlas ni apreciarlas en su justo valor; la sed le cegaba, y para él lo primero era beber.

Cuando lo hubo hecho, cuando yo tambien hube apagado mi sed, pudimos notar que habíamos casi agotado la provision del buen pastorcito. Carlos le dirigió por esto la palabra.

—Hemos bebido toda tu agua; ahora tal vez puedas tener sed.

—Eso no importa, dijo el buen muchacho, yo estoy acostumbrado á resistir sin beber.

—¿Y no sufres?

—Poco; y aunque sufriera, nada importaba; mi madre dice que dar de beber al sediento es una obra de misericordia.

Cuando estas palabras pronunciaba el pastorcillo llegaba el papá de Carlitos, que pudo oirlas perfectamente. Tambien éste manifestó á su padre todo lo sucedido.

Todos, pues, dimos las gracias al caritativo niño, y nos retiramos, procurando ántes averiguar su nombre y el pueblo donde vivia.

La falta de agua impedia la caza proyectada; por esto volvimos á nuestro pueblo para descansar de nuestro paseo.

Varios dias despues de este suceso, pasé otra vez por casa de mi amigo, y hube de admirarme al ver ante su puerta un rebaño de carneros y dos briosos caballos listos para montar.

Al entrar yo en la casa encontré á Carlitos que salia.

—¿Qué es esto, le pregunté, vais á ser ganaderos?

—No, me respondió el niño; papá y yo vamos á regalar esos carneros al buen pastorcillo que ejerció con nosotros la obra de misericordia de darnos el agua que tenía para beber.

—¿Luego comprendes ya que es una obra meritoria dar de beber al sediento?

—Ah, sí, y por eso he suplicado á papá haga este regalo al pastorcillo.

—¿Y vais vosotros mismos á llevar el regalo?

—Sí; quiero ver y gozar con la alegría del pobre niño cuando vea que de hoy más guardará las ovejas de su propiedad; ya no servirá á nadie, pues será pastor de su ganado.

En esto salia el padre de Carlos, y llegó hácia mí.

—Ya veis, me dijo estrechando mi mano, la obra de mi hijo; todo esto es cosa suya; tanto, que el primero y más hermoso carnero lo ha comprado con sus ahorros. Mirad, mirad, me dijo, el precioso collar que Carlos le ha puesto.

Miré en efecto, y pude notar una inscripcion que el collar llevaba grabada.

¿Qué decia, niños queridos?

Vais á saberlo.

Dad de beber al sediento; el agua que proporcioneis al que de sed padezca, se trocará seguramente para vosotros en felicidad y ventura.

E. THUILLIER.

EL CIEGO.

I.

Una noche del mes de Mayo, noche plácida en que el firmamento mostraba con toda su silenciosa elocuencia la infinita grandeza de Dios en los millares de puntos luminosos con que se adorna, bajaba hácia la Castellana, paseo en aquellos momentos muy concurrido, con ánimo de encontrar algun alivio al fuerte dolor de cabeza que me aquejaba.

Cerca de la fuente de Cibéles, tres ciegos tañedores de guitarra habian formado un numeroso auditorio atraído por los acordes de sus instrumentos; auditorio que fué progresivamente aumentándose hasta llegar á impedir el paso de la mucha gente que iba y venía por el paseo inmediato.

El calor que producía aquella aglomeracion de personas, los comentarios que de los músicos se hacian, y más que todo, mi dolor de cabeza, me obligaron á alejarme hácia los jardinillos inmediatos, sitios frescos y silenciosos á

la vez, pues que se hallaban casi desiertos.

Pensando iba en la desgracia de aquellos infelices, cuando escuché muy cerca de mí un prolongado suspiro, y poco despues una voz de ángel que dijo:

—Caballero, una limosna por Dios, para mi pobre hermano, ciego!

Volví la cabeza y me hallé enfrente de un niño, rubio, blanco, pequeño, vestido decentemente, que tenía extendido su brazo derecho, cuya mano esperaba el socorro que demandaron sus frescos y purpurinos labios, en tanto que con la otra mano asia la de un joven, ciego y tan decentemente vestido como él. Por un instante me quedé sorprendido..... aquellas facciones, aquella voz, el grupo tan interesante que componian al pié de un árbol cuya frondosa copa permitia pasáran los nacarinos destellos de la luna, no podian ménos de cautivar.

Luégo, el sitio, por el que rara vez pasaba alguno, el recogimiento ó más bien temor de que estaban poseidos, me infundieron un sentimiento de lástima y simpatía hácia aquellos dos seres, tan bello é inocente el uno, como noble y desdichado el otro.

Me aproximé á ellos y díles cuanto tenía en mi bolsillo, despues de lo cual me separé de allí con un profundo pesar.

—¡Pobres desdichados! me dije cuando me alejaba.

Ellos, aquí, solos, sin enten-

der que no son vistos por nadie y tan cerca de los que están tocando, ¿qué limosnas recogerán esta noche? Tal vez no tengan lo necesario para cenar, y ¡cuán triste es la miseria cuando de tal desgracia se acompaña! Las notas de los instrumentos que pulsan los ciegos vecinos atraen la concurrencia que no repara en estos dos inocentes, ¡pobres abandonados de la fortuna!

Sin saber por qué, no pude alejarme; volví al mismo sitio, sentéme en un banco próximo á ellos y me puse á lamentar sus desdichas, olvidando mi dolencia, que desapareció como por encanto.

Un momento despues, el niño condujo de la mano al que ántes llamó su hermano, hácia un banco inmediato al en que yo estaba, y sin reparar en mí se pusieron á hablar.

—Vé y compra lo que más te guste: yo aquí te espero. Anda, pero no corras, mira por dónde vas, no te atropelle algun coche.

—¿Qué quieres que te traiga?— preguntó el niño.

—Nada. Trae lo que tú quieras.

—¿No te moverás de aquí?

—No, hombre, no. Vé.

Y el pobre ciego, lleno de ternura, estrechando entre sus brazos al niño, le cubrió de besos y de lágrimas. El inocente niño, llorando como él y besándole con igual amor, le preguntaba:

—Pero, di, Juan, ¿no ves nada, nada?

—Nada, Luis, ¡no veo nada! ¡Ay de mí!

Por un momento permanecieron así abrazados los dos hermanos sin oír el confuso rumor que procedente del paseo llegaba hasta ellos. Pero el ciego, que apenas tendría diez y ocho años, haciendo un esfuerzo sobre su dolor, separó dulcemente la cabeza del niño y le dijo:

—Anda, Luis, que ya debe ser tarde.

El niño unió sus coralinos labios á los de su hermano.

—No te levantes, que pronto vuelvo, le contestó separándose de él.

No bien dejó de oírse el ruido de las pisadas de Luisito sobre la arena, el pobre Juan sacó su pañuelo y acercándole á sus velados ojos rompió en tristes y ahogados sollozos.

El dolor es comunicativo entre las almas que no ha corrompido el egoísmo, y sentí que el hondo pesar del desdichado ciego me arrastraba hácia él. Acerqueme á Juan esforzándome por contener las lágrimas que empañaban mis ojos.

II.

—¿Por qué llora V.? le pregunté.

El ciego dió tregua á su llanto, pero no me contestó. Yo, tratando de animarle, añadí:

—He sido testigo de la sentida escena que acaba de terminar, y me han cautivado tanto amor, tanta desventura y tanto recogimien-

to. No desconfíe V. de mí, jóven; tendría un verdadero sentimiento si V. me negára su amistad.

—¿Y quién puede desear la amistad de un desdichado que se halla ciego, pobre, triste y abandonado, con su hermano, su único consuelo?

—Otro desdichado, le repliqué. El hombre no puede ser extraño á las dolencias de sus semejantes; de serlo, las fieras serian superiores á él.

—¡Es verdad! exclamó el ciego, pero hay tan pocos que sientan eso que V. dice!....

—¿Y no podría saber la causa de su desgracia? Le pregunté.

—Es una historia muy larga y muy triste. Sin embargo, si V. quiere resignarse á oírme....

—No deseo otra cosa.

—Entonces, dígame V., dijo preparándose á empezar su narracion.

Pasó un instante de silencio, y luego comenzó así:

—Hace ocho años (yo tengo diez y ocho) que ese inocente niño que V. habrá visto á mi lado, vió la luz del día, siendo causa su nacimiento de que nuestra querida madre bajase á la tumba. Nuestro buen padre, no bien repuesto del terrible dolor que le produjo tal desgracia, consagró todos sus desvelos al desdichado huérfano desde la cuna, y á su hijo mayor, que entonces comenzaba mis estudios. Dedicado él á sus negocios y al mejor cumplimiento de sus paternales deberes, pasaron seis años, al término de los cuales la desgra-

cia más terrible sobrevino, desgracia que no es posible llorar lo bastante, porque es inmensa. ¡Nuestro padre perdió cuanto teníamos en una jugada de Bolsa, y no pudiendo consolarse murió desesperado, dejándonos en la más trístisima orfandad y en la mayor miseria!

—¡Pobrecitos! exclamé sin poderme contener.

A este tiempo llegó Luis, el hermanito del ciego, que sorprendiéndose de encontrarme con su hermano, no se atrevió á decir más que

—Ya estoy aquí.

Juan extendió sus brazos y le sentó sobre sus rodillas.

—¿Qué has comprado? le preguntó.

—Toma, replicó el niño, entregándole un panecillo y un papel, en él habia envuelto un trozo de queso.

—¡Pan y queso! exclamó el ciego tomándolo, esto será lo primero que comamos hoy.

—Vámonos de aquí, les dije, yo les convido á comer conmigo.

El ciego parecía no oirme.

—¡Oyes, Juan! exclamó el niño lleno de gozo.

Su hermano no se atrevia á responder, pero yo pude observar dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas.

—Sí, vamos, añadí; V. se apoye en mi brazo y su hermanito le llevará de la mano.

—¡Gracias, gracias, alma generosa! Luis, ¡bendice á Dios, que

nos ha deparado tan buena suerte

Un momento despues nos metimos en un coche del tranvía y nos dirigimos á mi casa en la calle Mayor.

III.

Llegamos.

En tanto que disponian la comida, Juan continuó su interrumpida historia.

—Huérfanos y sin recursos, acudimos á la familia que por el pronto nos socorrió, pero, como era de esperar, su proteccion halló término y nos vimos abandonados por completo.

Entónces, yo, que desde la muerte de nuestro padre no habia dejado de buscar ocupacion para mantenernos, ya abandonados por desgracia mis estudios, conseguí de un escribano que me diera trabajo; éste consistia en copiar pliegos que me pagaba á dos reales. ¡Este fué el principio de mis desventuras! Dia y noche, sin descanso, escribia para ganar doce, catorce y aún veinte reales, con los que, y economizando, podiamos vivir; pero sin otra cosa en que poderme ocupar que me proporcionára más descanso, mi vista se empezó á resentir más cada dia hasta el punto de no serme posible trabajar absolutamente nada de noche.

Un año hará que, paseando por el campo, desencadenóse una espantosa tempestad de la que no pudimos librarnos. Nada habia que

nos pudiese albergar más que un solo árbol aislado completamente en aquellas soledades; corrimos á guarecernos bajo sus frondosas ramas, y no bien habíamos llegado cuando se produjo una descarga eléctrica cuya chispa vino á caer á mi lado, dejándome ciego. Llamé á Luis y no me respondió. Sentí correr por mi cuerpo un sudor frío que me helaba la sangre..... ¿Dónde habia ido mi hermano? ¿Le habria muerto el rayo? Pero no..... muerto no, porque Luis estaba á mi izquierda y el rayo cayó á mi derecha. Frotéme los ojos, que ¡ay! no han vuelto á ver ya más la luz del día. Inclinéme por ver si hallaba al niño y..... y juzgue V. mi dolor y desesperacion al encontrarle cerca de mis piés sin movimiento.

—¡Luis! empecé á llamarle á grandes voces; Luis no me oía, habia perdido el sentido. Le tomé en mis brazos, y recostado en aquel árbol funesto, pude á fuerza de besos y lágrimas reanimarle.

—Luis, ¡no veo nada! le dije. Él prorumpió en acerbo llanto..... ¿Te acuerdas, Luisito?

—¡Ya lo creo! Nunca se me olvidará, contestó el pobre niño. Su hermano continuó:

—¡En vano me han visto los médicos de la Beneficencia; mi mal no tiene remedio! ¡Ya hace un año que he perdido la vista! ¡Un año eterno sin consuelo! ¡Ah, si vivo es sólo por este pobre niño, que no sabe aún los tormentos que le aguardan en medio de una sociedad tan desprecupada y cruel!

—Todo tiene remedio, amigo mio, le dije.

—Méenos mis ojos, replicó el ciego.

Pusímonos á comer y le pregunté:

—¿Cómo viven ustedes?

—De la caridad pública; una señora nos deja una desmantelada bohardilla, en la que dormimos cansados de implorar durante todo el día una limosna para no perecer de hambre. Un bondadoso tahonero nos da todos los días dos ros-cas, que nos sirven de almuerzo; pero hace dos días que se marchó de Madrid, y sus criados nos dicen que como él no ha dejado orden no pueden darnos de balde el pan.

—¿Y quién les lava á ustedes la ropa?

—Una caritativa vecina nos lava y plancha la ropa, nos recose lo que se rompe, y el día que no alcanzamos qué comer nos da una taza de caldo y algun pedacito de pan, si sobra, que esto no es siempre.

Seguimos comiendo, y me puse á observar á los pobres huérfanos que me acompañaban.

Juan descubria con sus maneras la esmerada educacion que habia recibido. Su rostro oval, moreno, respiraba cierto respeto y simpatía, é indicaba inteligencia; estaban sus ojos surcados de amoratadas ojeras, testimonio del sufrimiento que embargaba su alma. Su hermano, blanco, delgado, descolorido, rubio, tambien ojeroso, inspiraba compasion. ¡Pobre niño! Sólo tenía ocho años, y en su dulce mi-

rada tambien se descubria el dolor que abrumaba su espíritu. Era un ángel enviado por el cielo para consuelo y alivio de su desventurado hermano.

Cuando terminamos la comida hablé á Juan.

—¿Usted me querria por amigo? le pregunté.

—¿Y cómo no, si es V. la caridad personificada?

—Entónces como amigo me ha de obedecer en cuanto le diga.

—Mándeme V., trataré de complacerle.

—¿Quiere V. vivir conmigo?

—Usted no sabe sin duda qué carga tan insostenible somos cuando tal me pregunta, me replicó.

—Nada, nada; eche V. á un lado la delicadeza; piense en su situacion, en el porvenir que espera á su inocente hermano, y acepte mi proposicion, que se la hago con toda mi alma.

—Muchas gracias, caballero.

—Dí, Luisito, ¿quieres quedarte en casa, aquí, con tu hermano?

El niño clavó en la mia su dulce mirada, luégo miró el rostro impassible del ciego, y tomándole una mano, contestó:

—Lo que diga Juan quiero yo.

—Entónces aceptado, ¿es verdad, Juan?

—¿Y cómo podremos pagar á usted tanto bien como nos hace y tan desinteresadamente?

—Rechazando escrúpulos y considerándome como un nuevo hermano.

—¡Gracias, caballero, gracias!

¡Luis, este señor va á tenernos aquí todos los dias!

El niño clavó su vista en el suelo como pesando la importancia de lo que su hermano le habia dicho, y luégo fijándola en la mia exclamó:

—¡Qué bueno es V.!

Estas sencillas y á la vez elocuentes palabras eran la expresion de lo que sentia su alma virgen de la doblez del mundo, y que pronunciadas con la ternura que lo hizo me conmovieron profundamente.

¡Qué inmenso es el corazon humano!

IV.

Pasó un mes.

Todas las mañanas Luisito, no bien amanecía cuando dejaba el lecho, se aseaba y salia de casa, sin que ninguno supiéramos dónde iba.

Un día noté que salia y me pregunté: ¿Dónde podrá ir á estas horas un niño de ocho años, y sin el suficiente discernimiento para evitar cualquier accidente que pueda sobrevenirle?

—Yo lo sabré, me dije. Y, en efecto, una mañana salí ántes que él y me escondí en un portal de modo que podia observar dónde iba sin que él me viese. No tardó en bajar Luis. Salió del portal, y sin sospechar mi espionaje, anduvo varias calles y yo tras él, hasta llegar á una iglesia, en la que entramos.

Jamas hubiera creído que en un corazon tan jóven pudiera albergarse tanta fe, tanta devocion, tanto recogimiento.

De rodillas ante una imágen de santa Lucía, cruzadas las manos ante el pecho, y con los ojos llenos de lágrimas le sorprendí.

—¿Por quién rezas, Luisito? le pregunté.

El, sorprendido de hallarme á su lado, calló al pronto, pero enseguida me contestó con voz firme y serena:

—¡Porque el pobre Juanito recobre la vista!

Aquella tarde cubrióse el horizonte de oscuros nubarrones; el viento comenzó á soplar con violencia, y los relámpagos y truenos se sucedian sin interrupcion.

En el balcon nos hallábamos Juan y yo conversando sobre la Naturaleza. La tempestad estaba en su mayor grado de desarrollo. El agua caía á torrentes; los cárdenos relámpagos anunciaban los fragosos truenos de que eran seguidos.

—¿Y Luis? preguntó el ciego.

—No sé, voy á ver si está en el comedor jugando. ¿Quiere V. que cerremos las vidrieras?

—No, no; me agrada este tiempo, á pesar de los tristes recuerdos que en mí ha dejado.

—Entónces pronto vuelvo, le dije separándome del balcon. Llegué al comedor, Luis no estaba allí; pregunté por él, nadie le habia visto. Una idea cruzó por mi mente:

fuí á ver si estaba en su alcoba.

Ya tenía puesta mi mano en el picaporte, cuando un horroroso trueno hace estremecer la casa, trueno que es seguido de dos gritos.

Entré en la alcoba. Luis, de rodillas en una silla, besaba lleno de fervor una imágen de santa Lucía. Tenía el cuadro entre sus manos, preso de una agitacion nerviosa.

—¿Has gritado, Luis? le interrogué.

—¡Sí..... sí!..... ¿Y mi hermano? fué lo único que me contestó.

—En el balcon de mi despacho, le dije, sin comprender su extraña situacion.

Luis echó á correr, y yo tras él; llegamos adonde estaba Juan, y éste, con las manos puestas ante los ojos, corre tambien á nuestro encuentro.

Luis y su dieron en un estrecho abrazo; yo quedé sorprendido.

—¡Ya veo!..... ¡Ya veo!..... exclamaba Juan fuera de sí.

—¡Ah, santa Lucía..... bendita seas! balbuceaba Luisito.

V.

Cerca de un cuarto de hora duró esta escena. Cerré el balcon, nos sentamos, y le pregunté á Juan cómo habia sido aquello.

—¡No sé, no sé! me contestó; cuando brilló el relámpago que fué seguido de tan espantoso trueno,

entonces cayó la venda que me impedía ver la luz, y sin dar crédito á lo que era tan cierto, di un grito y me tapé los ojos hasta que sentí se acercaban ustedes y salí á su encuentro loco de alegría.

—¿Con que es cierto? ¿Ya ves? exclamaba Luis besando y acariciando á su hermano.

—Sí, Luis, gracias á Dios ya veo.

—Pues oye, cuando empezó la tempestad yo me acordé del día en que quedaste ciego, y fui, como siempre, á pedir á santa Lucía que te devolviera la vista; y cuando sonó el trueno que ha estremecido la casa, me pareció oír á la Santa, cuya imagen movía los labios, que me dijo:

—«¡Ya ve Juan!»

—Por esto, sobrecoigido, sin atreverme á creer ni á negar tan divina ilusion, di un grito de alegría y corrí á verte. Ha sido ella la que te ha devuelto la vista.....

Yo no sabía explicarme cura tan

sobrenatural, y no podía dudar, porque Juan desde entonces ve y muy bien.

VI.

Esto que habeis leído me lo refirió no há mucho un amigo mio, persona muy caritativa y bondadosa, á quien Dios ha dotado de una gran fortuna.

Despues le he preguntado varias veces por los huérfanos, y me ha dicho que Luis está en un comercio, y que Juan no tardará en hacerse arquitecto, á cuyos estudios se ha entregado con verdadera pasión.

Cuando los dos hermanos hablan de la curacion de Juan, Luisito afirma lleno de fe que es debida á santa Lucía.

Lo que sí puedo yo afirmaros es que á todo ciego que encuentran le socorren, y que Dios no les abandona nunca.

PEDRO J. SOLAS.



Ayuntamiento de Madrid

CÓMO SE COGE LA PLUMA.

Sabiendo que algunos de nuestros lectores corren inminente riesgo de ser reprendidos y castigados á causa de coger mal la pluma, vamos á presentarles en tres figuras,

por enojosos profesores; pero si les recomendáremos la mayor flexibilidad en los movimientos, advirtiéndoles que nunca escribirán bien si agarrotan los dedos, y temen que la pluma vaya á escapárseles.

Mirad bien esta 1.^a figura.



Figura 1.^a

cuál debe ser la verdadera posición de la mano del que escribe.

No repetiremos los preceptos de maestros, para que no nos tomen

Así debe estar vuestra mano cuando la mireis al sentaros para hacer la plana, sin que el remate de la pluma deje un solo momento

de mirar á vuestro hombro derecho.

La segunda figura,

la misma mano, vista de perfil, á la izquierda del discípulo.

Ahora, que ya teneis bien cogida la



Figura 2.^a

representa vuestra mano, vista de lado por el profesor.

La tercera,

pluma, no echeis borrones, no pongais mentiras, y á ver si escribís algun artículo para LA PRIMERA EDAD.

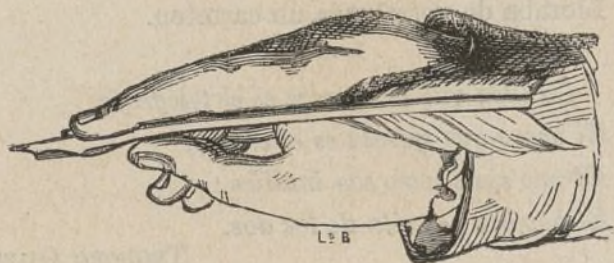


Figura 3.^a

EL VAPOR Y EL TELÉGRAFO.

FÁBULA.

Al salir un despacho telegráfico
Se encuentra con los carros del vapor ;
Detiene su carrera el fluido eléctrico ,
Y dice :— « No te muevas , que allá voy .
Yo corro más que el pensamiento rápido ;
Yo junto las ciudades con mi voz ;
Tú cuentas tu camino por kilómetros ,
Y de ese progresar me burlo yo ;
Que en un instante , con mi andar sin límites ,
Puedo correr del mundo la extension . »

Al momento se dice que la máquina ,
Fuego escupiendo , así le contestó :
— « Tú , que invisible cruzas por los ámbitos ,
De vecinales chismes portador ,
¿ A qué no llevas de Madrid á Córdoba
Esos objetos que conduzco yo ? »
—Y cuentan que al oír aqueste diálogo
Lloraba de vergüenza un carreton .

*La idea que se esparce es el telégrafo ;
El brazo que ejecuta es el vapor ;
El uno sin el otro son inútiles ;
El hombre necesita de los dos .*

TEODORO GUERRERO.



Ad Goubaud & Fils Ed's

92, rue Richelieu, Paris

LA NINEZ ILUSTRADA

Administración de Caricaturas, 12, Madrid.

MODAS.

Explicacion del grabado núm. 1.

Bata de piqué azul, la espalda á pliegues bateau, un cinturon pasa por debajo de los pliegues y se cierra al lado izquierdo con un lazo; el bajo va adornado con un volante de doce centímetros de ancho, bordado y festoneado de blanco con muy poco frunce; este volante cae sobre otro de cinco á seis centímetros de ancho, encañonado, y otro un poco más estrecho puesto hácia arriba cubre la pegadura; igual adorno se repite por delante á seis ó siete centímetros de distancia, manga ancha con dos volantes estrechos bordados como los de la falda. En la cabeza un ancho echarpe de encaje de hilo anudado atras con un lazo y largas caídas. Zapatillas de satén azul bordadas de seda blanca.

Niña de cuatro años; traje de popelina gris con segunda falda adornada de un doble rizado de lo mismo, cuerpo alto, escote cuadrado y rodeado de un rizado que baja en forma de corazon; botitas gris de satén.

Niña de cinco á seis años; vestido de sedalina azul, el bajo de la falda va adornado de cinta de seda gris puesta á picos, y en cada centro otra que sube hasta la cintura; cuerpo alto y manga ajustada.

Segunda falda y chaquetilla sin mangas, de batista gris con peque-

ñas ondas festonadas, y un ancho bordado ó entredos de hilo del mismo color; igual adorno, pero más estrecho, se repite en la aldeta y hueco de la manga. Botitas de satén azul y tafílete gris, sombrero de paja blanco adornado de cinta azul y plumas blancas. Este sombrero de forma nueva y elegante hemos tenido ocasion de verlo en la acreditada y antigua casa de novedades del Sr. Porcinay, en la calle del Cármen.

Explicacion del grabado núm. 2.

MODELOS DE ROPA BLANCA.

1.^a Enagua de nansu adornada con una tira á menudos pliegues, sujeta por dos entredoses bordados.

2.^a Camisolin de muselina con una tira que forma cenefa bordada y festonada con lana negra.

3.^a Enagua adornada de un volante festonado, puesto áfrunce, y sobre éste una tira bordada á plumetis.

4.^a Enagua rica de nansu con volante bordado á plumetis de quince centímetros de ancho.

5.^a Camiseta de percal fino con tiras festoneadas, mangas entreanchas adornadas con tiras y festones.

6.^a Camisolin con cuello canesú formado con tiras de plieguecitos y un bordado.

7.^a Camisa de batista de escote

redondo, canesú formado por entredoses bordados y de valencien-
nes; igual adorno en las mangas.

8.^a Camiseta de nansu con cane-

y plieguecitos; igual adorno en las mangas.

10. Cuello grande con picos, abotonado al lado, adornado todo al



Núm. 1.

1

2

3

sú redondo con pliegues menudos y feston á ambos lados.

9.^a Camisa de lienzo fino con canesú berta bordado á la inglesa,

rededor con un bordado belga, y por arriba formando gola.

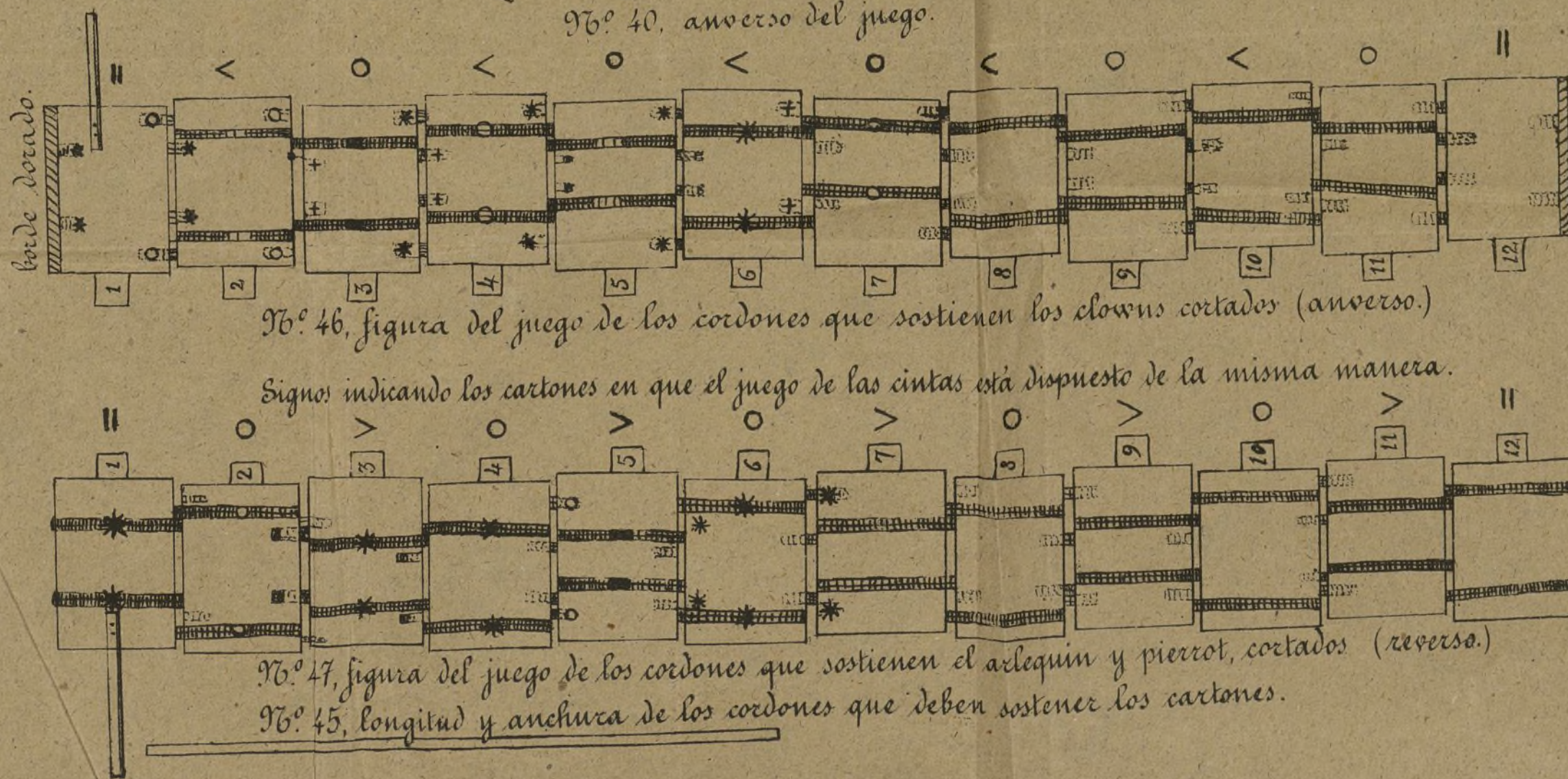
LOS NIÑOS - LA PRIMERA EDAD.

ADMÓN. PLAZA DE MATUTE - 2.

El juego de los ginnastas que se repartió con el n° 4 de

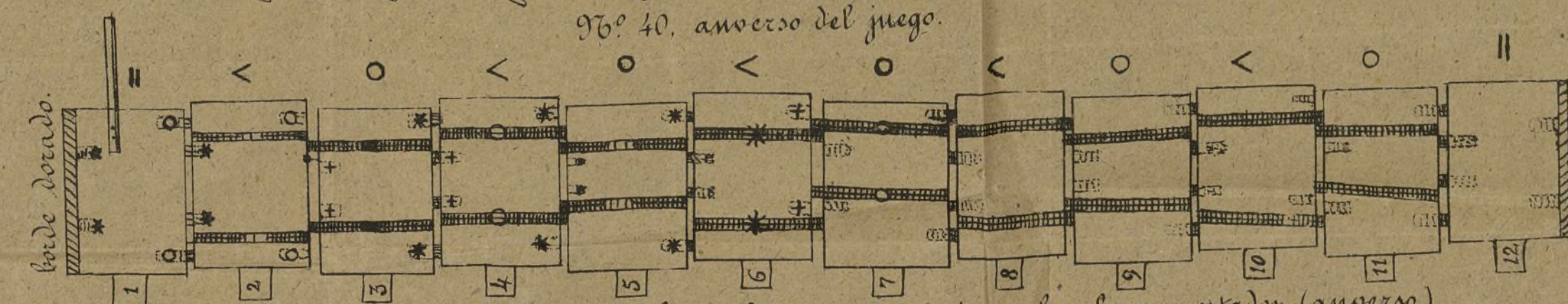
LA PRIMERA EDAD.

Patron para cortarlos.



96° 47, figura del juego de los cordones que sostienen el arlequin y pierrot, cortados (reverso.)

96° 45, longitud y anchura de los cordones que deben sostener los cartones.



96° 46, figura del juego de los cordones que sostienen los clowns cortados (anverso.)

Signos indicando los cartones en que el juego de las cintas está dispuesto de la misma manera.



96° 40, anverso del juego.

96° 43, reverso del juego.

96° 41.

96° 42.



Esta parte debe estar unida y recubierta de color negro.

redone
tredos
nes;
8.^a

sú re
y fes
9.^a
canes

Explicacion del grabado núm. 3.

Traje de visita; vestido de popelina azul marino. Falda adorna-

estrechos bieses en pequeñas ondas ribeteadas de faya, y en medio una cinta estrecha de terciopelo negro. Túnica recta adornada de otro bies

**Núm. 2.**

Modelos de ropa blanca.

la de trecho en trecho con nueve
liegues de alto abajo, por arriba
n bies, y de éste á la cintura dos

y cinta, como igualmente la esclavina que queda muy abierta, y las mangas que son entre anchas. Cin-

turon de faya y terciopelo, sombrero de paja gris con terciopelo, y plumas azul y negra.

Traje de casa, de foulard gris acero, la falda va adornada en el bajo por un guipure de seis centímetros de ancho, un bias de faya en la pegadura y otro pequeño guipure puesto hacia arriba; este mismo adorno se repite á alguna distancia, subiendo por los lados y formando túnica; otros dos bieses con puntilla forman delantal, y en medio de éstos, cuatro lazos de faya.

Cuerpo alto abierto y cruzado por delante en forma de chal con berta, manga pagoda, con dos encajes anchos; en la cabeza prendido de encaje blanco y terciopelo.

Niña de seis á siete años, vestido de foular blanco perla, adornada la falda con un volante á picos ribeteados de raso verde mar, un bias de lo mismo en la pegadura, y tiras formando delantal; cuerpo alto, escote cuadrado, manga estrecha con vuelta, sombrero rabagás de paja blanco, botitas de cabritilla negra.

Explicacion del grabado núm. 4.

Niña de trece á catorce años; vestido de popelina de Irlanda color salmon, primera falda adornada de un volante puesto á pliegues de trecho en trecho; segunda falda cortada á grandes picos por arriba y en cuadro por abajo adornada

de un bias de la misma tela, pero de color más oscuro; chaquetilla abierta redonda y muy corta por delante, con cuello grande, sujeta con un solo boton, y con aldetilla larga y plegada por detras, manga estrecha y dos grandes puntas á la mitad, sujetas con un lazo sobre el codo; sombrerito de paja muy pequeño con cintas y flores que caen sobre las trenzas; botitas de cabritilla.

Niña de cinco á seis años; falda de foular á rayas menudas azules y blancas, dos cintas de seda azul adornan el bajo. Túnica de raso azul con triple rizado de tarlatana blanca, otro igual á poca distancia, la manga entre ancha y abierta, adornada igualmente que el escote con el triple rizado de tarlatana; sombrero de raso azul y tarlatana; botitas de raso azul.

Niño de diez á once años; pantalon y blusa de lanilla diagonal color gris, cuello y puños vueltos de lienzo fino.

Niño de tres á cuatro años; pantalon corto de tela de hilo color crudo; chaquetilla de lo mismo con cuello marinero de lienzo azul, faja con un lazo y caidas por detras de seda azul, un bias azul rodea el pantalon por abajo y la chaquetilla un bias de lienzo y otro de seda el cuello; gorriño redondo de faya del color del vestido con plumas azules; botitas de cabritilla.

Niño de nueve á diez años; pantalon corto y chaquetilla larga de diagonal de hilo gris muy oscuro,

adornado de un ancho galon de seda de tono más oscuro; botas de cabritilla.

alas grandes levantadas y apuntadas en ambos lados, rodeado de pluma blanca rizada, detras lazo y



Núm. 3.

1

2

3

Explicacion del grabado núm. 5.

caidas de cinta faya y un sprit blanco, gris y negro.

Sombrero Luis XIV, de paja gris,

LA ZORRA Y EL GALLO.

Apénas daban las doce
En el reloj de la iglesia,
Cantaba el gallo que tiene
Mi vecinita Clemencia.

Nunca se pasó una noche
Sin escuchar en la aldea
La voz del siempre despierto
Y animado centinela.

Una zorra muy ladrona
Llegó una noche á la aldea,
Y á entrar en el gallinero
La maldita se dió priesa;

Pero la oyó nuestro gallo,
Y dando la voz de alerta,
Dejó burlada al instante
A la nocturna ratera;

Porque tan gran alboroto
Movieron sus compañeras,
Que en su auxilio al punto fueron
Los criados de la dueña.

*Si alerta siempre nosotros
Vivimos acá en la tierra,
Nunca podrán devorarnos
Los vicios que nos acechan.*

F. ROVIRA AGUILAR.

EL NIÑO BURLON.

No debe uno burlarse de nadie,
y sobre todo de los desgraciados.
Hay niños que se burlan de los

que sea capaz de burlarse de un
hombre afligido de la más grande
de las desgracias.

¿No son bastante desgraciadas
las personas privadas de la inteli-
gencia, de la palabra ó del oído?



Num. 4.

1

2

3

4

5

pobres idiotas, de los cojos, de los
sordos, de los mudos y de los man-
cos.

No hablo de los ciegos, porque
no creo que haya un niño tan malo

Ademas, hijos míos, Dios casti-
ga á los niños que se burlan de los
desgraciados.

Un niño, llamado Arturo, tenía
este defecto.

Un día, que iba detras de un cojo burlándose de él, tropezó y se dislocó un pié.

No se le ha podido curar por completo y se quedará estropeado toda su vida.

Os aseguro que Arturo se ha corregido completamente.

Cuando él vea á algun niño burlarse de su defecto le podrá contar su historia.

Esto le probará que no debe uno burlarse de nadie, porque no sabe uno lo que le puede pasar.

EL NIÑO QUE RESPETA A LOS ANCIANOS.

Tengo que dar la enhorabuena á Julio. Hace un momento le he visto hablando con un anciano, con la gorra en la mano.

No le conocia, pero era un anciano, y Julio sabe muy bien que debe respetarse la ancianidad.

Las personas de cierta edad suelen estar enfermas, y es menester tener con ellas atenciones y cuidados á fin de endulzar sus males.

Dios recompensa á los niños que respetan á los ancianos.

Respetad, hijos míos, á los ancianos, que si ahora sois unos niños, con el tiempo tambien encanecerán vuestros cabellos, y se inclinará vuestra cabeza bajo el peso de los años.

EL NIÑO VALIENTE.

Algunos niños jugaban juntos á la orilla de un rio bastante profundo. Uno de los más pequeños se cayó al agua y empezó á pedir socorro.

Emilio Fernandez, que tenía once años, no dudó un instante, y aunque no sabía nadar, se arrojó al agua vestido como estaba.

Tuvo la fortuna de agarrar á su compañero y sostenerle la cabeza fuera del agua.

Pero se habia metido en el fango y no podia salir.

Hacia mucho frio y los dos iban á perecer.

Afortunadamente, dos hombres oyeron los gritos de los escolares, y llegaron á tiempo para ayudar á Emilio á salir del rio, con el niño que acababa de salvar.

Los dos tuvieron que guardar cama durante algunos dias.

Ya podréis suponer los elogios que Emilio recibió de todo el mundo, y la alegría de los padres del niño que habia salvado de una muerte cierta.

Emilio recibió por su valerosa accion una medalla de honor.

EL NIÑO CAMORRISTA.

¡Mirad á Manolito que viene llorando!

Sin duda ha encontrado á su maestro, habrá reñido con alguno

y no habrá sido el más fuerte.

No le compadezco, porque Manolito es muy pendenciero y siempre está buscando camorra á sus compañeros.

Así, todos huyen de él, y nadie quiere jugar con Manolito porque conocen su carácter.

¿Creeis que esto le corregirá? No lo espero, pues ya le ha pasado varias veces y no ha escarmentado.

Cuando está bueno, ya no se acuerda y vuelve á las andadas.

Evitad, hijos míos, la compañía de los niños camorristas.



Núm. 5.

Si los compañeros no ceden, se empeña en armar quimera y en batiarse.

Pero hay un refran que dice: *Tanto va el cántaro á la fuente, que al fin se rompe*; es probable que ya haya encontrado quien sea más fuerte y le haya pegado algun palo ó tirado alguna piedra.

EL NIÑO AGRADECIDO.

Roberto, el cerrajero, no es como Andrés.

Si vais á su casa vereis á la tia Teresa, por quien tiene los mayores cuidados.

La viejecita no carece de nada,

y siempre ve satisfechos todos sus deseos.

Roberto la quiere mucho y la buena mujer no cesa de bendecirle.

No hace más que su deber, dirán quizás mis lectores, pues esa mujer será su madre, y todo buen hijo debe cuidar y querer á su madre.

Pero estais en un error, hijos míos, pues esa mujer no es su madre, ni siquiera tiene con él ningun parentesco.

Roberto no ha conocido á sus padres, que murieron del cólera pocos meses despues de su nacimiento, y él hubiera muerto tambien, si no hubiera sido por su nodriza, que es aquella buena mujer á quien tanto cuida, y la cual le ha asistido siempre como si fuera su mismo hijo.

Los dos niños crecieron juntos y aprendieron el oficio del marido de Nicolasa. Se amaban como dos hermanos, y la vieja se consideraba feliz cuando la muerte le arrebató á su marido y á su hijo.

Se quedó sola y sin recursos; pero Roberto, que no era un ingrato, se apresuró á reemplazar á los que habia perdido. Como era buen obrero, ganaba mucho, y la llevó á su casa, en donde la cuidó como si hubiera sido su madre.

EL NIÑO GLOTON.

La glotonería es un vicio muy malo.

¡Qué cosa tan fea es un niño gloton!

Todos conocen á Casimiro. Casimiro es un gloton.

Cuando sabe que su madre ha encerrado algo bueno en el armario, aprovecha cualquier momento en que no está, y se lo come.

Un dia se subió á un manzano del jardin de un vecino para comerse las manzanas.

Pero le sorprendió infraganti el dueño del jardin, y le castigó como merecia.

Quizas algun dia se vea en la cárcel.

Si yo supiera que algun niño era gloton, se lo diria á todo el mundo para que le señaláran con el dedo.

UN NIÑO PRESUMIDO.

¿Sabeis, hijos míos, lo que es un niño presumido? Pues es el que le gusta llevar siempre magníficos trajes, preciosas botas, y el cabello lleno de pomadas.

La coquetería es un defecto que debeis cuidar no contraer.

Tan útil como es ir siempre limpio, llevar siempre el traje aseado y los zapatos charolados, el rostro lavado y el cabello peinado;

Tan malo es no pensar más que en eso y creer que tiene uno más mérito que los otros por tener mejores trajes.

Alejandro es un niño presumido.

Quiere, para ir á la escuela, llevar

un traje como el del hijo dei conde de X..., que tiene un millon de renta.

Cuando entra en la escuela, en seguida se conoce por el olor de la pomada que se da en el cabello.

Este niño no quiere llevar nunca compuesto el pantalon, sin reflexionar que su padre es un pobre trabajador que apenas gana tres pesetas diarias, y que no puede costearle lujo.

Mejor quiero ver á un niño con la blusa remendada por su madre, que con un rico traje, para comprar el cual hayan tenido sus padres que privarse quizas de lo más necesario.

EL NIÑO DISCRETO.

Marcelo no va á contar á todos lo que ve ó lo que oye; se le puede confiar un secreto, en la seguridad de que lo guardará.

Es discreto, en lo cual no se parece á muchos niños de su edad, que sin mala intencion quizás, siembran la discordia en las familias, contando á los unos lo que dicen los otros.

Uno de estos dias se encontraba Marcelo en casa de la tia Dolores, cuando un hombre de mal aspecto entró en la casa, y empezó á gritar. La buena mujer parecia estar muy afligida.

Cuando aquel mal hombre se fué, todos los vecinos fueron á ver lo que habia pasado.

Pero la tia Dolores no quiso decir nada, y esto les contrarió mucho.

Entónces se dirigieron á Marcelo, creyendo que les contaria algo, pero se equivocaron.

Nuestro niño fué bastante discreto para no revelar nada de lo que habia visto y oido, y los curiosos se fueron bien disgustados.

EL NIÑO LADRON.

Decidme, hijos mios, ¿hay nada que os cause tanta pena como el que os acusen de ser ladrones?

Creo que ninguno de vosotros merecerá ese nombre.

Sin embargo, á vuestra edad hay más de los que pensais que merezcan ese nombre.

Ayer visteis á Bernardo Lopez que le llevaban preso dos guardias civiles por haber robado en un cortijo.

Pues bien, á los seis años robaba ya.

Era muy goloso, y para comprar dulces le quitaba á su madre los cuartos que podia.

En el colegio les quitaba las plumas á sus compañeros, y en las horas de recreo los juguetes que tenian.

En las ferias de los alrededores le sorprendieron algunas veces robando rosquillas y pasteles; si veia fruta en un jardín, en seguida la cogia.

Ya veis á lo que le ha conducido todo eso.

Cuando ha sido grande, ha robado dinero, y le han preso.

¡Dios quiera que le aproveche esta lección y se enmiende!

EL NIÑO HONRADO.

Ya habeis visto, hijos míos, que no debemos quitar nada á los demás, ni dinero ni pasteles ni juguetes ni plumas, pues el que lo haga es un ladrón.

Y el que se encuentra una cosa y se la guarda, ¿es un ladrón también?

Sí, hijos míos, sí, si no busca á la persona que lo ha perdido.

Haced como Gabriel, que el otro día se encontró en la calle un portamonedas con 30 duros.

Esta cantidad era para él una fortuna; otro quizás se la hubiera guardado sin decir á nadie una palabra.

Pero el honrado niño sabía que no le pertenecía, y se la entregó á su dueño.

EL BUEN HERMANO.

No hay nada tan hermoso como ver que los hermanos están siempre de acuerdo y se quieren.

Mirad á Luis, qué bueno es para su hermanito Carlos, cómo le duerme cuando viene de la escuela, cómo le acaricia.

Si el niño grita, le coge en brazos y le pasea.

Cuando ve que su madre le hace caricias, no tiene celos, sino que se alegra.

Es verdad que sabe muy bien que á los dos los quiere lo mismo, y que si acaricia más á Carlitos es porque es más pequeño.

Los hermanos y las hermanas nunca deben tener celos los unos de los otros.

Los mayores deben cuidar de los menores, y éstos deben á su vez querer mucho á aquéllos.

Así es como la familia puede ser dichosa y los niños muy queridos por sus padres y recompensados por ellos.

EL NIÑO

QUE TIENE BUEN CORAZON.

Hace algunos años habia en una escuela un niño al cual querian todos los condiscípulos porque tenía muy buen corazón.

Durante algun tiempo estuvo su madre enferma, y Julió, que así se llamaba aquel niño, estaba tan afligido que no quería ni comer.

Cuando encontraba un niño mal vestido, sin zapatos y muertecito de hambre, le daba la mitad de su almuerzo.

Nunca hacia sufrir á los animales por divertirse.

Tenía demasiado buen corazon para hacer una cosa así.

Comprendia, sin que nadie se lo dijera, que los animales nos prestan servicios, y que es ingrato y cruel el atormentarlos.

EL NIÑO

QUE TIENE MAL CORAZON.

Luis es opuesto á Julio.

No se compadece de los que sufren, y nunca los socorre.

Su padre está enfermo desde hace algunos meses: su deber sería cuidarle y estarse en casa ayudando á su madre; pero en vez de eso se está jugando todo el dia.

Ayer le vi con otros tres tan malos como él tirando piedras á un pobre gato, á cuya cola habian atado una cacerola vieja.

El pobre animal huia dando lastimeros maullidos; pero ellos no han hecho caso ni le han dejado de pegar hasta que le han visto muerto.

Todos esos niños dan pruebas de tener muy mal corazon.

Espero, hijos mios, que no los imitaréis y que no os reuniréis con ninguno como ellos, pues las malas compañías traen malos resultados.

EL PERDON DE LAS INJURIAS.

La nobleza, la verdadera grandeza de alma no consiste en vengarse, sino en perdonar las injurias. Las almas generosas no se vengan. Vencerse á sí mismo, sofocar el deseo de venganza, ese deseo tan vehemente é irresistible, es la victoria más bella que puede obtener el hombre.

Aquel que tiene un alma verdaderamente elevada se sobrepone á las injurias, y las perdona. «Cuando me injurian, decia el célebre Descártes, elevo tanto mi alma, que la injuria no puede llegar hasta mí.» Si hemos dado motivo para que nos odien, perdonemos para reparar nuestra falta; si no le hemos dado, perdonemos mejor aún, porque es mucho más dulce perdonar que tener necesidad de perdon.

Ofendemos á Dios sin cesar, y nos perdona. Le suplicamos que olvide nuestras ofensas, y no queremos perdonar las que nos hacen,

Decís que es imposible perdonar una injuria y reconciliaros con un enemigo que os ha herido cruelmente; y sin embargo, cuando esa reconciliacion os reporta el menor interes, os reconciliais; ¡y no queréis hacer por Dios lo que haceis por un interes mezquino!

Creeis que vuestro honor reclama siempre la venganza, y Dios, que es tan celoso de su gloria, hace lucir el sol para los malos, lo mismo que para los buenos, y vierte lluvias fecundas sobre las tierras de los impíos como sobre las de los justos.

Puede reducir á polvo á sus enemigos, y sin embargo, sufre, tolera, y así hace brillar su grandeza.

Sólo á Dios pertenece el castigo; á Dios, que se ha reservado el derecho de castigar á los que han hecho daño, de indemnizarnos de los males que nos hayan causado, y de vengarnos de los ultrajes de nuestros enemigos, y que tarde ó temprano juzgará al inocente y al culpable en el tribunal de su inmarcesible justicia.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

1. Traje para jóven. Bata de popelina para casa, manga larga guarnecida por un volante que sigue los bordes de las costuras. Cuello á la marinera, muy largo y guarnecido como la manga.

2. Niña de tres años. Traje de Frou-Frou (fino de lana), cuerpo guarnecido de volantes. Segunda falda formando túnica larga y ahuecada por detras, cortada en forma de delantal por delante con volantitos al rededor.

3. Niño de tres años. Vestido de poplin de seda gris claro guarnecido con terciopelos.

4. Niña de siete años. Traje de Nivanne Pekin con bieses ondulados de tafetan.

5. Niño de cinco á seis años. Blusa y pantalon de lienzo azul; cuello á la marinera, cinturon de terciopelo, botines hasta la mitad de la pierna.



ORACION DE LOS NIÑOS Á SAN ANTONIO.

Santo milagroso,
Modelo perfecto
De excelsas virtudes
Gratas al Señor;
Santo venturoso,
De Dios predilecto,
Yo te ofrezco humilde
Mi ferviente amor.

Haz que siempre en calma,
Y al deber atento,
No oiga yo del vicio
La traidora voz;
Que siempre en el alma
La fe que da aliento,
La tenga yo para
Ser digno de Dios.



EL ABUELITO.

Todas las tardes
Salen los niños
Acompañando
Al abuelito.
Los trata siempre
Con mucho mimo,
Les cuenta cuentos
Tiernos y lindos,
Y les enseña
Á odiar el vicio

Con mil ejemplos
De malos chicos,
Que por ser malos
Grande castigo
Dióles el Cielo,
Siempre justísimo.
Ellos le sacan
De los bolsillos
Las golosinas
De que provisto

Va el pobre viejo
Para sus niños.
Y dicen ellos
Que el abuelito
Es propiamente
Como otro niño.
Y le aman mucho;
Siempre solícitos,
Cuando está malo,
Con su cariño
Le dan aliento,
Y el pobrecillo
Tan sólo vive
Para sus niños.

— Si me dejáran,
Y en torno mio,
Dice llorando
El viejecito,
Yo no los viera,
Pronto ¡Dios mío!...
Me moriría.
— No, no, abuelito,
Con afán tierno
Dicen los niños;
Y el buen anciano,
Cobrando brío,
Juega con ellos
Como un chiquillo.

F.

ADVERTENCIA.

Con el presente número repartimos un dibujo que representa la forma en que se han de cortar, adheridos á un carton, los cuatro gimnastas que dimos á nuestros suscritores con el núm. 4.º Nos parece que estudiando un poco el dibujo ó patron que damos hoy, pronto harán con toda perfeccion el juguete nuestros ingeniosos lectores.

Si alguno inutiliza los muñecos al cortarlos, puede adquirir otros iguales en nuestra administracion, por un real.

UNA LECCION DE HISTORIA. — EL OCTAVO MANDAMIENTO.
LA CRUZ ROJA.



PRECIO: UNA PESETA.

Se vende en la Administracion, plaza de Matute, 2.

Ayuntamiento de Madrid